

Discurso de Alberto Enríquez Perea en la entrega del Premio Internacional Alfonso Reyes 2024



Alfonso Reyes, con profunda emoción, aseguraba que en su ciudad natal, Monterrey, aprendió “la regla primera de toda geometría moral: que hay que tener un punto de referencia, un centro”. En esa regla “se apoya sobre mis montañas épicas toda mi geografía del mundo. De allí arranca mi trayectoria y allí tiene que terminar, en el cálido valle que abriga, de oriente a occidente, el Cerro de la Silla y el Cerro de la Mitra: dos lujos, dos juegos felices de la geología americana”.

En su tierra, Reyes rememoraba, el sol lo seguía, “andaba detrás” de él “como perrito faldero; despeinado y dulce, / claro y amarillo: ese sol con sueño / que sigue a los niños”. Y para esta “fábrica de la frontera”, cantaba: “Amapolita morada / del valle donde nací: / si no estás enamorada / enamórate de mí”.

Y aquí estoy, en su estado y en su tierra natal, para agradecer a la Universidad Autónoma de

Nuevo León y al señor rector que la dirige, médico Santos Guzmán López; y al doctor José Javier Villarreal, secretario de Extensión y Cultura. Al jurado que me otorgó el Premio Internacional Alfonso Reyes 2024, Mariángeles Comesaña, Víctor Barrera Enderle y Eduardo Langagne; al gran amigo que propuso mi candidatura, el doctor Enrique Berzal de la Rosa, investigador de la Universidad de Valladolid, España, y director de la revista *Alcores*.

No hubiera sido posible llegar hasta aquí, el día de hoy, si en mi vida profesional no hubiese encontrado al doctor Andrés Lira, entonces presidente de El Colegio de México, y al doctor David Pantoja, secretario general de la misma alta casa de estudios, al darme confianza y apoyar la publicación de *Alfonso Reyes y el llanto de España en Buenos Aires, 1936-1937* (1998). Con este título inicié una serie de trabajos, que suman más de 35 títulos,



hasta llegar a *Monterrey: ciudad de sol. Alfonso Reyes y la inteligencia neoleonesa (1900-1938)*, tomo I (2024). Agradecido estoy con el escritor Antonio Ramos Revillas, director de la Editorial Universitaria y con Carlos Lejaim Gómez.

Y tampoco hubiera sido posible seguir el camino de la investigación si no hubiera conocido a las maestras Alicia Reyes y Minerva Margarita Villarreal, que me proporcionaban, cuantas veces les solicité, los materiales archivísticos y bibliográficos para hacer mis investigaciones sobre Alfonso Reyes. Donde ellas se encuentren, reciban mi agradecimiento.

Agradezco también a los doctores Javier Garciadiego y Víctor Barrera Enderle, directores de las dos Capillas Alfonsinas, de la Ciudad de México y de Monterrey, respectivamente, por contar siempre con su apoyo para sacar adelante mis trabajos alfonsinos. Además, el doctor Garciadiego me invitó a hacer, cuando era presidente de El Colegio de México, un libro más sobre Reyes, *Curiosidades de coleccionista*, y me ha animado a hacer otros trabajos para la colección que dirige, la Biblioteca del Estudiante Universitario.

A la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, mi casa de trabajo y de estudios.

Y a Martha Torijano Carrera, mi esposa, que me acompaña siempre con sus consejos, su cariño y paciencia. Gracias, Martha, agradecido estoy porque estés conmigo este día.

Señores y señoras, amigos y amigas:

Alfonso Reyes, en Monterrey, su ciudad natal, tuvo su primer encuentro con los libros. Aquí, en esta ciudad, los descubrió, los gozó e iluminaron su camino. La biblioteca de su padre, el general Bernardo Reyes, fue el primer espacio propio que tuvo para disfrutar la lectura de los libros. Y cómo disfrutaba la voz de su progenitor al leer y explicar pasajes de historia mexicana o griega y recitar algún poema, de un poeta que aún no conocía. El encanto que los libros le producían continuó al seguir sus estudios en la Ciudad de México. Y por fortuna se encontró con una generación de jóvenes para quienes su mayor placer eran los libros, las lecturas y la escritura. Triada Santa. Y los libros y el estudio le mostraron que México no vivía en paz ni en democracia. Reyes así lo entendió, como sus amigos que se fueron a engrosar las filas del maderismo, que al grito de “sufragio efectivo, no reelección”, fracturaron de muerte una dictadura.

El camino que Reyes escogió fue el de la cultura. El amor a los libros y al estudio no signifi-

ca desinterés por los problemas nacionales. Todo lo contrario. Apoyaba esos movimientos y hacía su trabajo. Época difícil, muy difícil, por la posición política del padre, pero los libros fueron su salvación, la salvación del espíritu. En sus manos tuvo un arma, y, a su lado, sus papeles, sus libros. Tiempos difíciles, de esos que doblan a los hombres. Sin embargo, Alfonso Reyes sacaba fortaleza de la lectura, y en medio de la tragedia que vivía llegó su primer libro. Y a la muerte de su padre, al enfrentarse con el dictador, al elegir su rumbo y salir, en consecuencia, del país, con su esposa, con su hijo y sus libros, marcaba ya una nueva etapa de su vida.

En Francia y en España, particularmente en este país, donde pasó dos lustros de su vida, los libros, las lecturas, la escritura y el ambiente intelectual que encontró fueron nuevamente la salvación del espíritu. Vivió en pobreza, vivió en libertad, conoció el inicio y el fin de la guerra europea, y los libros, los estudios que empezaba a hacer de ellos, fueron luminosos. Y en ese andar, encontraba libros o éstos lo encontraban a él. Y sus amigos, todos ellos cazadores de libros, compartían con el mexicano algunas publicaciones con las que fue formando su biblioteca, rica y completa, y espejo de su alma. Como el propio Reyes lo señaló alguna vez: “Me han mandado al mundo seguramente para visitar este mundo y mientras llega la hora de la partida, yo pienso asomarme por todas partes”. Y así fue. Anduvo por el mundo con sus libros, leyendo y escribiendo y dejando constancia de haber vivido, porque la vida es un poema.

Monterrey, Nuevo León,
15 de noviembre de 2024.

